

Fernando Savater

El arte de ensayar

Pensadores imprescindibles
del siglo XX



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

© Círculo de Lectores

Fernando Savater (San Sebastián, 1947) es catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, después de haberlo sido de Ética en la Universidad del País Vasco. Ensayista, articulista, novelista y dramaturgo, lleva publicados más de medio centenar de libros, varios de ellos traducidos a diferentes lenguas. Su incansable actividad como polemista y agitador cultural y su intervención en los más acalorados debates de la actualidad política lo han convertido en uno de los más destacados e influyentes intelectuales españoles de las últimas décadas. Algunas de sus obras más conocidas son *La infancia recuperada* (1976), *Panfleto contra el Todo* (1978), *Invitación a la ética* (1982), *Ética para Amador* (1991) y *El valor de educar* (1991). Entre los múltiples galardones que ha recibido, se cuenta el Premio Nacional de Ensayo, concedido a su libro *La tarea del héroe* (1981).

«En su origen, el ensayo es la opción del escritor que aborda un tema cuyo tamaño y complejidad sabe de antemano que le desbordan. El ensayista no es un invasor prepotente, ni mucho menos un conquistador de la cuestión tratada, sino todo lo más un explorador audaz, quizá sólo un espía, en el peor de los casos un simple fisgón.»

Fernando Savater

Sartre, Arendt, Camus, Foucault, Canetti, Freud, Adorno, Ortega y Gasset, Zambrano o Lévi-Strauss son algunos de los grandes pensadores que Fernando Savater seleccionó para una colección dedicada al ensayo contemporáneo. La colección no se proponía otra cosa que ilustrar «la complejidad borrosa que alcanza el género en la actualidad», y hacerlo a través de un puñado de obras –veinticinco, en total, de muy variado asunto y envergadura– caracterizadas por no representar «la última palabra sobre los temas tratados, sino la primera de una nueva forma de enfocar cuestiones principales de la época contemporánea». Se reúnen ahora los breves textos que Savater escribió para presentar cada una de esas obras. De uno a otro, se matiza en ellos el concepto radicalmente proteico, escurridizo, tentativo de ensayismo, y se propone un rico y múltiple abordaje al mismo. El resultado es un contrastado muestrario del arte de ensayar, en el que se barajan los nombres de algunos pensadores imprescindibles del siglo xx.

Fernando Savater

El arte de ensayar

*Pensadores imprescindibles
del siglo XX*

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Índice

Nota de los editores

PRELIMINAR: El ensayo como género

I

Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida* (1913)
Bertrand Russell, *Misticismo y lógica* (1917)
Rudolf Otto, *Lo santo* (1917)
Max Weber, *El político y el científico* (1919)
György Lukács, *Teoría de la novela* (1920)
Julien Benda, *La traición de los clérigos* (1927)
José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (1930)
Sigmund Freud, *El malestar de la cultura* (1930)
Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la Ilustración* (1947)
Leo Strauss, *Derecho natural e historia* (1949)
Albert Camus, *El hombre rebelde* (1951)
María Zambrano, *El hombre y lo divino* (1955)
Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos* (1955)
Benjamin Lee Whorf, *Lenguaje, pensamiento y realidad* (1956)
Octavio Paz, *El arco y la lira* (1956)
Hannah Arendt, *La condición humana* (1958)
Elias Canetti, *Masa y poder* (1960)
Thomas Szasz, *El mito de la enfermedad mental* (1961)
Marshall McLuhan, *La galaxia Gutenberg* (1962)
Raymond Aron, *Ensayo sobre las libertades* (1963) & Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad* (1969)
Jean-Paul Sartre, *Las palabras* (1964)
Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (1966)

Yukio Mishima, *El sol y el acero* (1970)
Jacques Monod, *El azar y la necesidad* (1970)

II

Miguel de Unamuno: la ascensión eterna
Bertrand Russell: un místico de la lógica

Nota de los editores

Años atrás, Fernando Savater recibió de Círculo de Lectores el encargo de dirigir una colección de ensayo contemporáneo, destinada a formar parte de un gran proyecto en marcha bautizado con el ambicioso nombre de Biblioteca Universal. Esta Biblioteca, diseñada a comienzos de los noventa con vistas a conmemorar el cambio de milenio, respondía a un deseo largamente acariciado por el club desde su fundación: el de constituir una biblioteca fundamental, capaz de ofrecer una selección amplia y bien calibrada de los más elevados logros del hombre en el campo de la cultura escrita. La forma de dar cauce a este propósito consistió en parcelar el terreno inmenso que se aspiraba a cubrir, confiando a distintas personalidades la tarea de elegir los títulos correspondientes al área en que –por razones no siempre idénticas– se les atribuía una cierta autoridad. El resultado fue una suerte de «colección de colecciones» que tenía la ventaja de articular, con criterios distintos pero en definitiva complementarios, una visión de conjunto sobre buena parte del legado libresco de la humanidad. La iniciativa, todavía abierta, contó para su arranque con un equipo realmente excepcional de colaboradores, bien dispuestos todos a asumir con osadía la responsabilidad que se les confiaba. Basta echar un vistazo a la lista de directores de las colecciones ya ultimadas, que se da al final de este volumen, para hacerse cargo de esto último. Por lo demás, en el marco concreto de su propia colección, limitada a un número determinado de títulos, cada director contaba con la

posibilidad de constituir, a su vez, un equipo de prologuistas que, a la vista de los resultados, cabe calificar también, en casi todos los casos, de excepcional. Véase, para constatarlo, la lista de los prologuistas de la colección «Ensayo contemporáneo», que se da asimismo al final de este volumen.

De todas las colecciones emprendidas, la que se confió a Fernando Savater era probablemente la que reclamaba un criterio más caprichoso y aventurero. Tanto Carlos Fuentes como Mario Vargas Llosa o Eduardo Mendoza, por ejemplo, a la hora de seleccionar a los grandes «maestros modernos» de las literaturas norteamericana, o europea, o hispánica, sin duda tuvieron que hacer valer su propio gusto para dirimir las múltiples alternativas a las que se enfrentaban. Así y todo, en las listas que finalmente confeccionaron se contaban en cada caso un puñado de autores o de títulos indiscutibles –*La regenta*, Tolstoi, *Ulysses*, Faulkner– que casi inevitablemente hubieran constado también en las listas realizadas por cualquier otro. Algo parecido cabe decir de colecciones como la de Filosofía, dirigida por Emilio Lledó, o la de Ciencia, dirigida por José Manuel Sánchez Ron. En todos los casos, y por muy dramática que resultara la selección definitiva, había una porción de la misma que podía considerarse, por así decirlo, objetiva, o inapelable. En todos los casos menos en el de la colección que le correspondió dirigir a Fernando Savater. A la amplitud e imprecisión de la etiqueta escogida –ensayo contemporáneo–, se sumaba en este caso la perspectiva circular del campo observado: toda la producción ensayística de los dos primeros tercios del siglo xx, en cualquier materia: antropología, literatura, lingüística, psicología, historia, sociología, religión, comunicación... ¿Qué hacer?

La secuencia propuesta por Fernando Savater resultó sorprendentemente persuasiva, por muy consciente que uno sea de que podría quedar remplazada por otra distinta del todo, confeccionada acaso por el propio Fernando

Savater. Más allá del interés concreto de cada uno de los títulos escogidos, el conjunto ofrece, por virtud de su diversidad, una compleja e irisada ilustración del concepto mismo que lo justifica y que lo articula: el del ensayo como género, sobre el que Savater reflexiona con agudeza en el breve prólogo que figura al frente de este volumen.

El contenido principal del mismo lo integran las «justificaciones» que el mismo Savater antepuso a cada uno de los veinticuatro volúmenes de su colección. Se trata de textos tan breves como suculentos, que no sólo incitan a la lectura del título en cuestión sino que matizan, de uno a otro, el concepto radicalmente proteico, escurridizo, abierto de ensayismo, de tal manera que la lectura sucesiva de todos ellos propone un rico y múltiple abordaje al mismo.

Además de la «justificación» de cada título, Fernando Savater escribió el prólogo a dos títulos de su colección, los dos primeros en el orden cronológico: *Del sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno, y *Misticismo y lógica*, de Bertrand Russell. Los dos prólogos se incluyen también en este volumen.

PRELIMINAR

El ensayo como género

«Las obras de arte nunca se acaban –dijo Valéry–: sólo se abandonan.» En el terreno de la escritura, este carácter perpetuamente inacabado de cuanto el artista emprende, a lo que sólo la fatiga o la desesperación ponen punto final, tiene su plasmación más nítida en el ensayo. En su origen, el ensayo es la opción del escritor que aborda un tema cuyo tamaño y complejidad sabe de antemano que le desbordan. El ensayista no es un invasor prepotente, ni mucho menos un conquistador de la cuestión tratada, sino todo lo más un explorador audaz, quizá sólo un espía, en el peor de los casos un simple fisgón. «Ensayar» es realizar de modo tentativo un gesto que uno aún no sabe cumplir con plena eficacia: como el niño que quiere comer solo y cuya madre le ha cedido la cuchara se lleva un trago tembloroso de sopa a la boca, convencido de que nunca logrará acabarse todo el plato sin ayuda. También ensaya el actor el papel para cuya representación aún no ha llegado la hora; y cuenta con la simpatía del público escaso que asiste a su esfuerzo, unos cuantos amigos que tienen más de cómplices que de críticos severos.

Por eso Montaigne, que juntamente inventó el género y lo llevó a sus más altas cotas de perfección, denomina «ensayos» a cada uno de los tanteos reflexivos de la realidad huidiza que le ocupan: son *experimentos* literarios, autobiográficos, filosóficos y eruditos que nunca pretenden establecer suficientemente y agotar un campo de estudio,

sino más bien por el contrario desbordarlo, romper sus costuras, convertirlo en estación de tránsito hacia otros que parecen remotos. Montaigne inicia el gesto del sabio que desfila ordenadamente por su saber como por terreno conquistado, pero lo abandona a medio camino para adoptar la actitud más vacilante o irónica del merodeador, del que está de paso, de aquel cuyo itinerario no se orienta según un mapa completo establecido de antemano, sino que se deja llevar por intuiciones, por corazonadas, por atisbos fulgurantes que quizá le obligan a caminar en círculos. Se dirige al lector no como a un discípulo, sino como a un compañero. Hace suyo de antemano lo que luego dejó dicho muy bien Santayana en su magnífico ensayo *Tres poetas filósofos*: «Ser breve y dulcemente irónico significa dar por sentada la inteligencia mutua, y dar por sentada la inteligencia mutua quiere decir creer en la amistad».

En la raíz misma del ensayo está pues el escepticismo. En este aspecto, es lo opuesto al *tratado*, que se asienta en la certeza y en la convicción de estar en posesión de la verdad. El tratadista plantea: esto es lo que yo sé; el ensayista se aventura por el territorio ignoto del «¿qué sé yo?». El tratadista arrastra el tema frente al lector, bien encadenado, para que pueda palparle los bíceps y mirarle la dentadura como a un esclavo puesto en venta; en cambio para el ensayista la cuestión abordada permanece siempre intratable, rebelde, huidiza, emancipada. Mientras el tratadista sabe todo de aquello de lo que habla, el ensayista no sabe del todo de qué habla y por eso cambia sin demasiado escrúpulo de tema, veleidoso, inconstante, un Don Juan de las ideas, pero un Don Juan por inseguridad o por timidez, no por abusiva arrogancia. De nuevo el maestro es Montaigne, gran merodeador en torno a cualquier punto y a partir de cualquiera, experto en divagaciones, dueño del arte de la asociación libre en el plano especulativo, a quien nunca faltan registros en el perpetuo soliloquio acerca de sí mismo al que con astutos remilgos nos convida. Por supuesto, el

inacabamiento del ensayo pertenece al plano temático, no al formal. Aunque el ensayista no agota nunca la cuestión que aborda, puede extenuarse en cambio puliendo sus líneas expresivas y añadiendo puntualizaciones circunstanciales a sus argumentaciones. Así Montaigne retocó sus ensayos una y otra vez, casi hasta el día de su muerte...

Es característica del ensayo –este género lo suficientemente complejo y ondulante como para que sólo de modo *ensayístico* podamos también referirnos a él– la presencia más o menos explícita del sujeto que lo escribe entreverada en sus razonamientos. En el ensayo el conocimiento y sobre todo la búsqueda de conocimiento tienen siempre voz *personal*. También en este punto difiere del tratado. Cuenta el humorista Julio Camba que cuando uno pide alguna información a un *bobby* inglés, el agente responde sin mirarle a los ojos, porque «no nos responde a nosotros, sino a la sociedad». El tratado también prefiere la impersonalidad de la ciencia, que habla desde lo objetivamente establecido sin hacer concesiones a la individualidad de quien ocasionalmente le sirve de portavoz. En el ensayo, en cambio, siempre asoma más o menos la personalidad del autor, siempre se hace oír la persona, lo individual, la subjetividad que se asume como tal y se tantea a sí misma al *formar cuerpo* con lo objetivamente concretado. El tratado parece pretender alcanzar la verdad –aunque no sea más que la verdad científicamente establecida en un momento dado– mientras que el ensayo expone un punto de vista. Y siempre en perspectiva desde dos ojos terrenales y no desde la clarividente omnisciencia divina. Lo cual en modo alguno implica renuncia a la verdad, por cierto, sino que la persigue por una vía quizá aún más realista... y verdadera.

Lo malo es que hoy las cosas ya están mucho más mezcladas que en tiempos de Montaigne. El ensayismo se ha hecho menos literario y más científico, algunos ensayos de ayer son leídos ahora como cuasi-tratados, los tratadistas «ensayizan» voluntariosamente sus mamotretos para llegar

a un público más amplio que el estrictamente académico o especializado. El tratado tradicional se dirigía a un público *cautivo*, es decir, que profesionalmente no tenía más remedio que leerlo para graduarse como competente en la materia; el ensayista en cambio ha buscado siempre lectores misceláneos y voluntarios, reclutados en todos los campos sociales e intelectuales, por lo que no tiene más remedio que recurrir a las artes de seducción expresiva. Pero en la actualidad los públicos cautivos se han hecho escasos y sobre todo resultan más difíciles de rentabilizar dada la competencia de ofertas, de modo que nadie renuncia del todo a poner su poquito de ensayismo en lo que escribe. Sobre todo cuando el tratadista es heterodoxo y aventura planteamientos a los que la oficialidad académica difícilmente brindará su *nihil obstat*. Tales herejes –que suelen ser los mejores creadores de conocimiento en la modernidad– han de buscar para sus heréticas intuiciones o razonamientos el refrendo de lectores sin cátedra ni púlpito, pero influyentes como opinión pública...

Por eso los ensayos que se han seleccionado para esta colección no siempre responden a los criterios del ensayo «puro», si es que tal cosa puede darse, sino que asumen con su nómina la complejidad borrosa que alcanza el género en la actualidad. El único criterio empleado para escogerlos es que sean obras decididamente *relevantes*, es decir, capaces a su vez de engendrar nuevas vías fecundas de ensayismo. Todos ellos son piezas abiertas, no clausuradas sobre sí mismas: no representan la última palabra sobre los temas tratados, sino la primera de una nueva forma de enfocar cuestiones principales de la época contemporánea.

|

Miguel de Unamuno:
«Del sentimiento trágico de la vida»

1913

El ensayo parte de la *secularización* del pensamiento, es decir, comienza a abrirse paso cuando deja de haber un monopolio eficaz de las interpretaciones del mundo. Por eso resulta difícilmente compatible con la visión eclesial, inevitablemente celosa de conservar el control exclusivo de la ortodoxia dogmática. Expresar el punto de vista privado, personal, suele resultar siempre sospechoso, cuando no decididamente nocivo, a ojos de las corporaciones más rígidas, ya sean religiosas (iglesias) o laicas (academias, partidos políticos). Sin embargo, que el punto de vista ensayístico sea por necesidad intrínseca secular no equivale a decir que se desentienda de la problemática religiosa, todo lo contrario: el ensayo es el género literario más adecuado para los herejes, y su preferido.

Miguel de Unamuno fue muchas cosas en su vida: filólogo, filósofo, novelista, dramaturgo, poeta, rector de universidad, agitador político... pero su única y verdadera vocación, la que practicó con entusiasmo desde sus escritos juveniles hasta el fin de sus días, fue la de hereje. Si le hubiera sido dado leer la carta pastoral que en 1953 escribió contra él don Antonio de Pildain y Zapiaim, obispo de Canarias, titulada «Don Miguel de Unamuno, hereje máximo y maestro de herejías», seguramente se hubiera sentido en lo más recóndito complacido. Porque Unamuno fue desde luego un pensador *a la contra*, y contra esto y aquello,